

gro a los grupos contra los que se dirigen. Como defensor acérreo de la libertad de expresión, el autor se opone a quienes afirman, como rezaba aquel clásico eslogan maoísta, que «una sola chispa puede incendiar la pradera»⁶ y que es necesario apagarla cuanto antes. Frente a ellos, Alcácer nos recuer-

da que esa chispa es la que enciende el motor de la democracia.

Alberto José FERRARI PUERTA
Investigador Predoctoral FPU.
Dpto. Derecho Internacional,
Eclesiástico y Filosofía del Derecho
Instituto Universitario
de Ciencias de las Religiones. UCM

David RUNCIMAN, *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019, 304 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.77704>.

La ciencia política lleva tiempo preocupada por el presente y futuro de nuestras democracias¹. La obra que se reseña aquí forma de parte de dicho acervo, está escrita por David Runciman, profesor de la Universidad de Cambridge, y es un ensayo lúcido, interesante y muy ameno de leer.

David Runciman plantea sus tesis ya al comienzo del libro: el mayor riesgo para las democracias es no saber los riesgos actuales que sufre. Para Runciman, ya no vamos a volver al siglo XX, los problemas que allí se dieron no son los que las

democracias tienen hoy, ese marco de referencia está superado. De ahí que crea que «cuando la democracia se termine, probablemente nos sorprenderá la forma en que lo hará» (p. 11). Runciman nos dice que no es que la democracia esté tocando a su fin, sino que está atravesando su crisis de madurez.

Las principales diferencias entre la democracia de antes y la de ahora son diversas². Por un lado, la violencia política no es la que era, por ello «nuestros impulsos más destructivos se manifiestan por otras vías» (p. 15). Por otro, la amenaza

⁶ M. TSE-TUNG, «Una sola chispa puede incendiar la pradera (5-I-1930)», en *Obras Escogidas*, t. I, Madrid, Fundamentos, 1974, pp. 125-138. Resulta curioso que una expresión similar fuera utilizada por la Corte Suprema estadounidense en la sentencia *Gitlow v. New York* (1925) para justificar la sanción impuesta a un individuo por publicar un manifiesto izquierdista.

¹ Citamos dos a título de ejemplo. Son los de Y. MOUNK, *El pueblo contra la democracia*, Barcelona, Paidós, 2018, y S. LEVITSKY y D. ZIBLATT, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018.

² Sobre la democracia se ha encontrado un interesantísimo estudio en J. KEANE, *Vida y muerte de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018.

de catástrofe ha cambiado: el desastre antes galvanizaba (por ejemplo, la temible guerra nuclear en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial), ahora anquilosa (crisis medio ambiental, la influencia de la inteligencia artificial, etc.). Finalmente, será esa revolución tecnológica la que cambie por completo —ya lo hace— nuestra forma de comunicarnos y de compartir información (pp. 15 y 16). Ese será el hilo conductor del libro, dividido en tres grandes capítulos, todos presididos por la idea que reitera: «Necesitamos que la historia nos ayude a liberarnos de nuestras insanas obsesiones con nuestro pasado más cercano. Es una buena terapia para los individuos de edad madura» (p. 18).

El primer capítulo será «¡Un golpe!», donde analiza la cuestión tomando como referencia a Estados Unidos, a la Grecia de antes y la de ahora, y a Turquía. En realidad, nos dice Runciman apoyándose en Varoufakis, los golpes del siglo XXI son todo lo contrario de los del siglo XX, dado que sus impulsores intentan hacer ver que nada ha cambiado (p. 47). Al hilo del golpe de Estado en Turquía, Runciman constata que el peligro puede venir, en ocasiones, desde dentro de la propia democracia (el ejemplo de Erdogan y su autogolpe sería elocuente). Y al hilo de estos casos deja una reflexión que sobre-

vuela diversas partes del libro: «Los intentos de apuntalamiento de la democracia pueden ser lo que, en último término, la conduce a caer» (p. 69). A juicio del político, los golpes son todo lo contrario a claridad. No se sabe a ciencia cierta si está aconteciendo parte de uno o está teniendo lugar algo que es «parte» de la democracia. Es un baile de máscaras que de veras solo protagonizaron quienes estuvieron ahí, solo ellos saben qué sucedió.

Eso le vale a Runciman para dar un giro hacia las teorías de la conspiración y el populismo, porque al fin y al cabo los presuntos o reales golpes de Estado se prestan a especulaciones varias y estas tienen un caldo de cultivo óptimo en las actuales democracias, debido al sesgo populista que observan hoy día. Aprovecha Runciman para recordar que el populismo no tiene nada de nuevo, prosperando en sociedades democráticas cuando se dan las condiciones propicias; ya sabemos, sufrimiento económico, cambio tecnológico, desigualdad creciente y ausencia de guerra. Los ejemplos que le resultan obvios a nuestro autor son ambos de finales del siglo XIX con Estados Unidos y Francia como puentes de referencia.

A día de hoy, Runciman nos explica que las cosas son diferentes. Según su visión, las democracias ya no son jóvenes, carecen

«de aquella emoción embriagadora que su inmenso y aún inmaterializado potencial suscitaba un siglo atrás» (p. 91). Las instituciones están extenuadas. Además, baja la violencia, pero también la igualdad. Y aquí Runciman hace una lectura sugerente: «Las democracias son ahora muy buenas resolviendo un problema (la violencia) que, en el pasado, demostró ser una precondición para la solución del otro (la desigualdad)» (p. 100). Y si se trata de testarnos a través de una sacudida violenta que nos fortalezca, algo así como inmunizarnos al virus exponiéndonos a él, Runciman tiene claro que «en el siglo XXI, la prueba empírica que podría dilucidar si la democracia todavía funciona tal vez sea una prueba a la que ninguna democracia podría sobrevivir» (p. 101).

Luego viene el segundo apartado, titulado «¡Una catástrofe!». Partiendo del pensamiento de autores como Carson, Hersey y Arendt, nuestro Runciman pone su atención en el cambio climático, una de las amenazas potencialmente catastróficas. Lo hace comparando este con la amenaza nuclear, estableciendo diferencias y simetrías. Aquí, el autor británico se ve en la obligación de aclarar dos cosas. La primera, que «comparado con la muerte del universo, la muerte de la democracia no pasa de ser una preocupación trivial» (p. 127). La segunda,

que lo que debería preocuparnos es si las máquinas inteligentes tomarán el control algún día, sobre todo teniendo en cuenta lo interconectado que está todo en las democracias actuales. De ahí que diga que «el sonambulismo y el funambulismo son ambos elementos definitorios de la democracia contemporánea» (p. 143). De la mano de Nick Bostrom, David Runciman nos explica que el riesgo de catástrofe puede venir antes de las máquinas superinteligentes que de fenómenos de la naturaleza o de interacciones entre los humanos y esta. Lo peor es que la democracia podría ser un obstáculo a la hora de rescatarnos de esa distopía, dado que los electores priorizan sobre lo que conocen, no sobre lo que no conocen; dicho con otras palabras, no se nos puede pedir que tomemos medidas preventivas sobre peligros todavía no manifestados.

El siguiente capítulo trata en profundidad esa materia. Bajo la rúbrica «¡La tecnología ha tomado el poder!», encontramos aquí una reflexión profunda sobre las máquinas y la democracia, relación que el autor ya rastrea en el pensamiento de Gandhi.

Runciman destaca la importancia de la máquina más poderosa del mundo: el Estado, ese robot que necesitamos «para rescatarnos a nosotros mismos de las trampas de nuestros instintos natura-

les» (p. 156). Nuestro autor discute con el pensamiento de Thomas Hobbes y Max Weber como principales referencias para decir que a la democracia del siglo XXI se le echa en cara que ha perdido el control sobre los grandes gigantes tecnológicos como Facebook, Google, Amazon y Apple. Para Runciman, la verdadera amenaza radica en que Facebook llegue a ser capaz de imitar al Estado, al Leviatán (p. 162). Es en ese contexto donde se entiende mejor aquella afirmación que hizo el politólogo británico en una entrevista con un medio español diciendo que Zuckerberg era más peligroso que Trump³. Sobre esto, el autor se explaya. Dice que el enfrentamiento entre levianos es desigual: Facebook es conectivo y el Estado es coercitivo. Facebook se basa en el hábito y en la seducción, el Estado no. Por eso «Zuckerberg necesita que su pueblo tenga la sensación de que no tiene otro sitio al que ir» (p. 163). Runciman no se rinde y dice que «el gran punto débil de Facebook es que su jerarquía y su red están muy desconectados entre sí» (lo vertical y lo horizontal van por caminos diferentes). Las redes sociales, nos dice, presentan a lo sumo un peligro indirecto, no directo. Runciman cree que «la democracia pura es algo terri-

ble» y que «cuesta muy poco que la multitud arremeta contra cualquier individuo que no sea de su agrado» (p. 171). Y pone el ejemplo de Twitter, que a su juicio se parece mucho a la democracia del mundo antiguo, pero no en el sentido que pudiera pensarse: si pierdes el favor de la ciudad se te condena al ostracismo o a la muerte (pp. 171 y ss.). Por eso cree que «Twitter no es una vía factible de hacer política» (p. 173).

En este marco, los partidos políticos no quedan bien parados. Runciman cree que son entes artificiales con índices de pertenencia y militancia cayendo en picado. Los partidos que están triunfando son movimientos sociales, pero «Macron se parece a Zuckerberg», hablando de comunidad mientras acapara autoridad personal (p. 180). Con la llegada de Internet parecía que la ventaja se decantaba del lado del ciudadano, porque «la tecnología en red hacía que la información escapase al control de cualquiera, por mucho poder que tuviera» (p. 184). Nada más lejos de la realidad: la tecnología digital ha reforzado las tendencias existentes, no las subvierte, ya estemos en democracias o en autorocracias (pp. 186 y ss.). También se pregunta si estamos sometidos a nuevas manipulaciones en forma de

³ Vid. <https://www.elmundo.es/cronica/2018/07/17/5b48fd8ae2704e56af8b469e.html> (consultado el 22 de junio de 2020).

fake news. Runciman no es especialmente pesimista: «Amañar unas elecciones siempre ha sido una labor muy difícil» (p. 189). Donde reside el verdadero peligro, a su juicio, no es en la manipulación, sino en la inconsciencia de lo mecánico (p. 190). No será la primera vez que la democracia representativa sea comparada con la industria publicitaria (Schumpeter), ni tampoco será la primera vez que se nos recuerde que la democracia representativa no está pensada para ser gratificante (p. 193). Apoyándose en una anécdota que le sucedió a Max Weber en uno de sus viajes a Estados Unidos, Runciman cree que en las democracias actuales sigue estando muy vigente el sentimiento de buena parte del electorado cuando apuesta por personas menos capaces, pero más cercanas que lo contrario (pp. 197 y 198).

Así, llega el siguiente capítulo, con el título «¿Alguien tiene algo mejor?», donde analiza las diferentes alternativas que se proponen en la actualidad. Los presagios de autores como Nick Land, quien cree que la democracia conducirá pronto a la civilización a la muerte (p. 199) por no saber frenar la locura consumista, que es a la larga lo que nos consumirá a todos. Land bebe especialmente del informático Curtis Yarvin. A ambos se les tilda, nos explica Runciman, de «neoreaccionarios», también conocidos

como «teóricos de la conspiración de proporciones colosales», según nuestro autor (p. 201). Estas no son alternativas reales y, por ello, no le presta mucha atención.

Runciman comienza su examen bajo la premisa de que la democracia moderna tiene un doble atractivo: reconoce dignidad y respeto individual, y produce beneficios. Descartando cualquier alternativa leninista o estalinista, porque la historia ya ha dicho que no vale y porque «la democracia representativa es mejor que eso» (p. 206), Runciman otorga visos de ser alternativas creíbles a dos modelos: el autoritarismo pragmático del siglo XXI y la epistocracia/tecnocracia.

El autoritarismo del siglo XXI promete beneficios personales y dignidad colectiva. El ejemplo que trae Runciman es el de China. Y hay que tomárselo bien en serio, no como algunos líderes mundiales hacen. ¿Quiénes abogarían por este modelo? Las democracias jóvenes (sobre todo si la llegada de la misma no se acompaña de beneficios materiales tangibles), los países donde todavía no ha echado a andar, así como los países que atraviesan problemas medioambientales urgentes. Sucede que las propuestas de «quitar derechos» no son alternativas a la democracia; propuestas que de explicitarse no concitan nuestro apoyo en las urnas (a lo sumo, si se les quita a «los otros», a los

inmigrantes, pero no a «nosotros»). Runciman ilustra esto con el ejemplo de Víktor Orbán, más seguidor de Rusia que de China. En países como Rusia o Hungría «la democracia es objeto de ensalzamiento, solo que despojada ahora de sus creencias liberales» (p. 210). Ya se sabe: las democracias iliberales. En otras partes de Europa las cosas parecen diferentes, porque ni siquiera en caso de descalabro se ha optado por la alternativa autoritaria (Grecia, 2008). Todo ello demuestra, según el autor británico, que Churchill tenía razón a medias: es cierto que la democracia es el sistema menos malo para muchos, pero no para todos, dado que ya no es el único concebible (p. 212).

Al hilo de todo esto, el autor también deja algunas reflexiones sobre uno de los temas de moda dentro de las democracias occidentales: la política de identidad y del reconocimiento. La lectura del politólogo vendría a ser, resumidamente, la que sigue. Como ya podemos votar, y desde hace tiempo, buscamos nuevas vías para procurarnos un mayor respeto. Los individuos buscan la dignidad asociada al hecho de ser reconocidos por quienes son. «No solo quieren que se les escuche. Quieren hacerse oír» (p. 213). Runciman no cree que esto sea una alternativa a la democracia, más bien parece una prolongación del atractivo de esta,

una realización de la misma. Pero claro, se pasa de puntillas sobre «el campo de minas de la política de la identidad [...] inmovilizados por el pánico a ofender» (p. 213). Conviene tenerlo en cuenta.

Luego le llega el turno a la epistocracia, el gobierno de los que más saben, el gobierno que discrimina en función de los conocimientos que cada persona acredite. Este argumento, aunque parezca nuevo, nos dice Runciman que «tiene más de dos mil años de historia» (p. 215). El autor sale al paso de la confusión entre esta fórmula y la tecnocracia. La primera es el gobierno de las personas que más saben, mientras que la segunda es el gobierno mecánico de los ingenieros. Pone el ejemplo griego, donde en 2011 no toman el mando los epistócratas, sino los tecnócratas. En realidad, Runciman no considera la tecnocracia una alternativa a la democracia, es más bien un añadido, como el populismo; la epistocracia, sin embargo, tiene mayor recorrido, toda vez que prioriza la decisión «buena» sobre la decisión técnicamente correcta (p. 217). A través del diálogo que mantiene tanto con J. S. Mill como con Jason Brennan destila los principales riesgos que esta fórmula plantea. A saber, que es muy poco democrática, que pone el listón altísimo y que asocia indisolublemente poder y conocimiento. Para Runciman, la democracia es realmente buena en

evitar los errores garrafales, aunque lo sea menos en dar «la mejor» de las soluciones (ya se sabe: lo bueno es enemigo de lo mejor). A ello hay que añadirle que la democracia es el mejor sistema cuando está en el peor de los escenarios imaginables porque, aunque se declaren más incendios, son bastantes más los que se apagan (pp. 222 y ss.).

Dedica después algún espacio a las teorías libertarias, a derecha (Nozick) y a izquierda (Mason), unidas a los avances tecnológicos, tema, como se puede ver, muy presente a lo largo de la obra. Algunos autores actuales están intentando sacar las conclusiones pertinentes sobre ello, pero Runciman prefiere seguir con los pies en la actual tierra, lejos de tecnoutopías o tecno-distopías. Como él dice muy bien, «el motivo por el que, hoy en día, la mayoría de las personas mueren de viejas es porque el Estado ha conseguido protegerlos de correr otras suertes más violentas» (p. 243). Hasta el momento eso es una certeza. Los futuros que nos plantean una raza de *superhumanos* son todavía embrionarios⁴. Nuestro autor cree que, si esos presagios se confirman, sí cabría hablar de un cambio en los fundamentos de la organización de las sociedades.

En suma, Runciman cree que tanto el autoritarismo pragmático como la epistocracia poseen elementos potencialmente recomendables, pero «no están a la altura de la democracia que tenemos... siguen siendo tentaciones, más que alternativas» (pp. 244 y 245). Respecto a la tercera —la tecnología digital liberada— es diferente porque incluye todos los futuros potenciales, «algunos maravillosos, otros terroríficos y la mayoría absolutamente imposibles de conocer con antelación» (p. 245). Y llega uno de los *highlights* del libro: «La democracia por la que muchos se han acostumbrado a sentir cierto desagrado y desconfianza sigue siendo un lugar cómodo y familiar en el que permanecer, comparado con la perspectiva de lo desconocido» (p. 246).

La obra finaliza con el apartado dedicado a la «Conclusión», donde Runciman cree que necesitamos encontrar chivos expiatorios que nos ayuden a purgar nuestros demonios. Así, China y Venezuela sustituyen a Japón y Grecia en el imaginario colectivo. Para el británico, nada más lejos de la realidad. Precisamente un ejemplo como el griego nos demuestra que la democracia puede absorber ingentes cantidades de dolor (p. 251). Acude

⁴ Pero la base científica existe. Uno de los autores que mejor ha explicado esto es Y. N. HARARI, *Homo Deus*, Barcelona, Debate, 2016, e íd., *21 Lecciones para el siglo XXI*, Barcelona, Debate, 2018. El historiador israelí es citado por el propio Runciman.

a una de las grandes democracias como la estadounidense y deja una reflexión interesante, y es que la democracia se enfrenta a problemas o demasiado grandes o demasiado pequeños. Con sus propias palabras: «Lo que tienen en común la epidemia de opioides y el riesgo de guerra nuclear con Corea del Norte es lo difícil que a la política democrática le resulta controlarlos» (p. 253). Y es que «a las democracias se les está dando muy bien aplazar el desastre», es «su punto fuerte» (p. 255). El problema de la democracia, según Runciman, es que sus virtudes positivas están desapareciendo. Por un lado, porque la solución de problemas comunes empieza a pasar por manos de tecnócratas y no de demócratas. Por otro, porque la solución a los problemas identitarios de reconocimiento apuesta por un lenguaje que solo entiende del grupo en cuestión a defender, dando la espalda al proyecto político común, «algo próximo al anarquismo». La dificultad central es conectar lo que se ha desconectado.

Así se entiende el loable propósito de nuestro autor: no cree que pueda aportar ninguna solución, sino solo algunas reflexiones para establecer el punto de partida. En primer lugar, Runciman cree que la democracia occidental madura ha dejado atrás su apogeo, ya no está en la plenitud de la vida. En segun-

do lugar, debemos salir del agujero en el que estamos atrapados por culpa de los intentos de recuperar nuestra juventud perdida. En tercer lugar, no podemos obsesionarnos con la muerte: si a la democracia le queda todavía vida por vivir, hay que vivirla. Si este bajón solo nos conduce a estar preocupados por el final de la democracia, viviremos lo que nos quede atrapados bajo esa obsesión. En cuarto lugar, la muerte no es lo que era: ahora es algo parecido a un proceso gradual que se alarga cada vez más en el tiempo, por partes y pieza a pieza; esto es, la democracia tendrá un fin muy dilatado en el tiempo. En quinto lugar, debemos tener en cuenta que la democracia y nosotros no somos la misma cosa. La desaparición de la democracia no es la nuestra propia. Hay que extremar las cautelas porque «podríamos salvar la democracia y destruir el mundo» (p. 259). Y sexto, la historia de la democracia no termina en un único punto final, seguirá sufriendo reveses y cosechando éxitos. En otras palabras, Brasil no es la nueva Grecia. Por eso el autor nos acaba diciendo que «no podemos vivir vicariamente la vida, igual que no podemos morir vicariamente» (p. 260).

Hasta aquí llega la síntesis del libro que presentamos al lector. Desde luego que este tiene mayor profundidad y riqueza que el resu-

men que aquí hemos esbozado. Dicen que una buena reseña debe ser un buen aperitivo. Invitamos al lector a que compruebe por sí mismo si tiene sentido o carece del

más mínimo ídem decir que *así termina la democracia*.

Ignacio ÁLVAREZ RODRÍGUEZ
Dpto. Derecho Constitucional
Facultad de Derecho. UCM

Ross DOUTHAT, *La sociedad decadente. Cómo nos hemos convertido en víctimas de nuestro propio éxito*, Barcelona, Ariel, 2021, 336 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.77705>.

El que fuera director de la prestigiosa publicación *The Atlantic*, hoy uno de los columnistas estrella del *New York Times* junto a David Brooks, ha publicado un libro que explora con pulso firme y decisión las causas de la(s) crisis que vive el sistema demoliberal en su conjunto, aunque el ensayo se centra fundamentalmente en los Estados Unidos de América y en cuáles podrían ser los remedios o, incluso, las alternativas proyectadas a tan funesto paisaje. Es un libro que de alguna manera sigue una línea de continuidad en una serie de ensayos e investigaciones que han llegado en los últimos años, normalmente de impronta anglosajona, y que se interrojan, en esencia, por la misma pregunta: ¿han llegado a su fin las democracias constitucionales tal y como las conocemos desde finales de la Segunda Guerra Mundial? De ser así, ¿existen alternativas a dicho modelo? ¿China en un futuro muy cercano? ¿Quizá África en un futuro 2100, en eso que el propio autor llama «Euráfrica»?

Después de una introducción bajo el título «El cierre de la frontera» (el autor escribe en la era Trump y en contra de buena parte de los gestos —que no políticas reales, porque apenas hubo— de Trump), dedica especial atención a diagnosticar cuáles son los males que nos aquejan. La primera parte del libro se dedica a esbozar el esquema de las principales causas que están minando los sistemas democrático-constitucionales occidentales. Bajo la rúbrica «Los cuatro jinetes», nuestro autor habla de otros tantos grandes vectores que deberían ocupar nuestras reflexiones, al menos han ocupado las suyas, con resultados claros, aunque sospechamos que no tan poco halagüeños como parece decantar su tesis central. Estos cuatro jinetes son el estancamiento, la esterilidad, la esclerosis y la repetición. A desbrozar minuciosamente qué significa cada uno de ellos dedica algo más de la mitad de la obra.

Así, la primera parte comienza con lo que denomina «Estan-